

## 2 Corintios 13:11-14

2 Corinthians 13:11-14

<sup>11</sup>En cuanto a lo demás, hermanos, regocijaos. Sed maduros; sed confortados; sed de un mismo sentir. Vivid en paz, y el Dios de paz y de amor estará con vosotros.

<sup>12</sup>Saludaos unos a otros con un beso santo. <sup>13</sup>Todos los santos os saludan.

<sup>14</sup>La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros. (RVA)

La bendición que está al final de nuestro texto es tal vez uno de los pasajes más conocidos de todo el Nuevo Testamento. Con la excepción del Oficio Mayor, es la bendición con la cual concluimos casi todos los cultos de devociones, la última palabra de Dios con la cual salimos para continuar en nuestras actividades diarias o ir a nuestro descanso. Son palabras que efectivamente traen las abundantes bendiciones del Dios trino a nosotros. Son palabras que nos recuerdan el papel imprescindible de cada una de las Personas de la Santa Trinidad en nuestra redención y nuestra salvación. Como dice Felipe Hughes en su comentario sobre el versículo final de nuestro texto: “En el Nuevo Testamento la enseñanza de una distinción trinitaria dentro de la Deidad es principalmente práctico en su impacto. Está relacionada a la situación humana, porque es dentro del marco de la redención que es revelada al hombre caído. Por eso la mención de Pablo de la gracia, el amor, y la comunión que proceden de las tres Personas del único Dios. El significado de la Trinidad se aprende (o se podría decir con más precisión, se aprende de nuevo) en respuesta, mediante la fe personal, a lo que Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo han hecho para nuestra redención”. Esta mañana queremos aprender de nuevo, obtener un nuevo aprecio, por lo que Padre, Hijo y Espíritu Santo han hecho para nuestra salvación, un nuevo aprecio por las palabras de esta bendición apostólica con que Pablo cerró su Segunda Carta a los Corintios. Meditemos esta mañana, entonces, en La bendición del Dios trino, la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor de Dios Padre, y la comunión del Espíritu Santo.

Sigamos el orden del apóstol aquí, con Cristo. Este no es el orden del Credo Apostólico, que comienza con el Padre, y el cual es seguido en el orden de presentación de nuestro Catecismo. Pero tal vez habrán notado que el Segundo Artículo, de Jesucristo y la redención, está en el mismo centro del Catecismo, que es este artículo que derrama su luz sobre y da

significado a todo lo que precede y sigue en el Catecismo. Cristo realmente está en el centro de nuestra fe.

Pablo desea que “la gracia del Señor Jesucristo” esté con los corintios. ¿Pero qué es la gracia? La gracia generalmente significa el favor, particularmente un favor que no ha sido merecido de parte del que lo recibe. Expresa la disposición generosa de la persona que manifiesta su gracia. ¿Es esto su significado aquí? Cuando consideramos quiénes son los que deben recibir esta gracia del Señor Jesucristo, será evidente que esto es exactamente lo que quiere decir aquí. No es a unos que han trabajado duros y servido fielmente al Señor Jesucristo que debe venir la gracia del Señor Jesucristo, sino a pecadores, a rebeldes, a personas que habían ofendido y transgredido los mandatos de Dios.

Es más, debe venir a personas que en su misma naturaleza son enemigos de Dios. “No hay justo, ni aun uno”. En vano Dios buscaba a un solo ser humano que fue obediente. Dios tuvo que acusar “a judíos y a gentiles, que todos están bajo pecado”.

Sin embargo, fue precisamente para esta raza de ingratos, de hombres malignos, de hombres que rehusaban tener en cuenta a Dios en sus pensamientos y acciones, que vino Cristo. “Porque aún siendo nosotros débiles, a su tiempo Cristo murió por los impíos. 7Difícilmente muere alguno por un justo. Con todo, podría ser que alguno osara morir por el bueno. Pero Dios demuestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Luego, siendo ya justificados por su sangre, cuánto más por medio de él seremos salvos de la ira. Porque si, cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, cuánto más, ya reconciliados, seremos salvos por su vida”. Esta es gracia. Cristo se encarnó, se cargó con los pecados, y murió por una humanidad que fue totalmente pecadora y enemigo de Dios, impía. Esto realmente fue favor, que uno entregara su vida por otros. Y realmente fue inmerecido, porque lo hizo por los impíos.

Tal vez nos resistamos a esta diagnosis. No nos gusta que se nos llame impíos. Pero es la realidad. Es Dios mismo que tuvo que analizar nuestra situación así. Y aun después de nuestra conversión, hay suficiente de carne y pecado en nosotros que nos hace merecedores todavía solamente de la condenación. ¿O acaso no son necesarias las amonestaciones que Pablo todavía tuvo que dar a los corintios redimidos y convertidos, “Sed maduros; sed confortados; sed de un mismo sentir. Vivid en paz.”? O tal vez nosotros ya hemos alcanzado la perfección en nuestra vida, no es necesaria ninguna exhortación a hacer la voluntad de Dios, y ya hemos alcanzado un nivel de paz y

concordia mutua que ya estamos en el cielo, y no todavía en la tierra. Pero pienso que no. Todavía, todo lo que Jesús ha hecho por nosotros y sigue haciendo por nosotros es pura gracia, favor inmerecido. Cuando nos venimos esta mañana a la mesa del Señor, será como pecadores que merecemos su ira, para que en su gracia recibamos el cuerpo y la sangre que en su gracia dio y derramó para nosotros, los impíos, los pecadores indignos.

Pero así lo que se logró y se da a nosotros no es otra cosa sino el perdón de los pecados, una conciencia limpiada, paz con Dios. Cuando Cristo murió en la cruz, ese mundo que mereció solamente la ira y la condenación ahora fue contado como justo por Dios. Y cuando en la absolución y en la Santa Cena viene esta declaración de perdón a nosotros, confiamos en este mensaje de gracia, la tenemos, y en la medida en que nuestra fe es más fuerte, abunda a nosotros la gracia de Dios.

Pero nuestro texto también nos lleva más allá a la misma raíz de la gracia de nuestro Señor Jesucristo. Es “el amor de Dios.” Como se mencionan aquí en frases separadas a Cristo y al Espíritu Santo, es evidente que esta frase aquí se refiere especialmente a Dios Padre. Fue pura gracia lo que motivó la muerte en la cruz de Cristo por nosotros, los pecadores indignos. Pero cuando Cristo vino para ser nuestro hermano, obedecer la ley por nosotros y morir por nosotros y así redimirnos de toda condenación, al mismo tiempo nos estaba manifestando el corazón mismo del Padre, un corazón lleno de agape, amor. La palabra que se usa aquí por el amor realmente enfatiza la misma cosa que enfatizó la palabra gracia. Agape es amor que se manifiesta sin tener en cuenta la dignidad de la persona que lo recibe. En el caso de la humanidad pecadora, este amor de Dios sólo pudo ser amor por los que estaban totalmente indignos. Fue a un mundo indigno, vendido bajo pecado, un mundo que con su propia rebelión se había sujetado al arcienemigo de Dios, Satanás, que Dios amó. Pero ¿qué dice la Escritura de este mundo malo y perdido? “De tal manera AMO Dios al MUNDO, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él creyere, no se pierda, mas tenga vida eterna”. Al mundo, así como estaba, Dios lo amó, lo amó tanto que dio a su propio Hijo, su Hijo amado, por los pecados del mundo, para que pudiera rescatar y librar a una humanidad que ni buscaba ni esperaba la redención, sino que era hostil a Dios. “Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo”. Y este es un amor eterno, un amor que no esperaba que nosotros nos hiciéramos en algún grado “amables”, sino un amor que formó su plan y propósito de redimir al hombre pecador “desde antes de la fundación del mundo”.

Esto es lo que da significado entonces a todas las bendiciones del Primer Artículo.

Pero todo esto hubiera sido inútil sin el Espíritu Santo. Aun después del amor del Padre, aun después de la muerte de Cristo, nosotros permanecemos con la misma hostilidad contra Dios. “La mente natural es enemistad contra Dios”. Porque el hombre natural no recibe las cosas que son de Dios, ni tampoco puede, porque se han de discernir espiritualmente”. Hubiéramos rechazado por toda la eternidad las bendiciones de Dios sin la misericordiosa intervención del Espíritu Santo, que mediante el evangelio y los sacramentos obra una nueva actitud, una nueva disposición en nuestros corazones naturales fríos y muertos. “Nadie puede llamar a Jesús Señor sino por el Espíritu Santo”. Así oímos también en Romanos 5: “Y la esperanza no acarrea vergüenza, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado”. Es él que aplica personalmente a nosotros la gracia del Señor Jesucristo y el amor de Dios Padre, haciéndonos aceptar con fe estos dones, regenerándonos, dándonos nueva vida.

Así con las tres bendiciones de las tres personas de la Santísima Trinidad tenemos un glorioso resumen de todo el plan de salvación de Dios, de todas las bendiciones que este Dios Trino ha provisto para nosotros. Qué apropiado, entonces que Pablo termine su carta con este bendito deseo para sus lectores: “La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros. Amén.” (2 Corinthians 13:14). Y qué apropiado también que nosotros terminemos tantos de nuestras devociones y cultos con el mismo deseo. Qué Dios siempre nos conceda estas grandes bendiciones. Amén.